

PAPÁ NOEL ME REGALÓ UN DESTINO

–Pero yo... aprendo muy rápido, en serio, soy muy independiente y no les voy a causar ningún problema –decía, mientras me echaban prácticamente a patadas de la cafetería.

–Lo sentimos mucho, pero necesitamos gente con experiencia, lo pone en el cartel, pero gracias por venir –dijo la jefa del local, con aquel moño estirado y ese vestido que valdría más que todo mi armario. Bueno, mejor dicho mi mochila. Desistí. Pasaba de que me echaran como si fuera alguien que pasaba a pedir comida a su refinado establecimiento. Aún que, a este paso, a lo mejor tendría que volver para ello. Llevaba ya toda la semana pasando a cafeterías, restaurantes, bares, preguntando por la camarera que ponía en sus puertas que necesitaban... Y porque ya había llamado a todos los teléfonos que había escritos en los tablones de anuncios para hacer de niñera. Pero claro, en cuanto le decía que tenía 16 años, y sin poder evitarlo, que no tenía experiencia y sería mi primer trabajo, te colgaban o te cerraban la puerta sin darte la oportunidad de explicarte. Aún que, tampoco era muy buena la explicación que tenía para darles. Acababa de salir del cuidado y responsabilidad de los servicios sociales, acababa de salir del infierno que había sido mi infancia, acaba de salir de la incertidumbre de no saber en qué casa me podría quedar más de dos meses y en cuál me iban a querer de verdad. Pero ya me di cuenta de que eso no iba a suceder en ninguna cuando cumplí nueve años. Y ahora que por fin había cumplido los dieciséis y que podía ir por libre, no pensaba seguir siendo infeliz. Quería construirme una vida, algo estable, quería construirme una esencia, una personalidad, quería dejar de ser lo que mis “padres de pega” como yo solía llamarles querían que fuese, quería ser yo misma, y quería empezar por conseguir un trabajo, ganarme un dinerillo y salir de aquella ciudad que tantos malos recuerdos me traía. Pero me lo estaban haciendo más difícil de lo que yo creía, pensaba que este paso iba a ser el más fácil. Seguí caminando por la nevada acera, con una decepción más a mis espaldas. Pasé por delante de una tienda de ropa, en la que colgaba de su escaparate un cartel que decía: “Se necesita dependienta”. Un subidón de energía me recorrió todo el cuerpo. Esta era la mía. Seguro que en esta tienda oiría ese “Estás contratada” que tanto esperaba. Pasé, más confiada que nunca. La chica que había en el mostrador parecía muy maja, y nada estirada, como las anteriores personas con las que me había topado.

Me acerqué y le dije: –Venía por el puesto de dependienta. Me miró de arriba abajo con una mirada que a mí me pareció algo despectiva, pero pensé que seguramente solo me estaba evaluando. Por un lado era normal, era una candidata a trabajar en su tienda.

–¿Perdona? ¿He oído bien? ¿Usted quiere trabajar aquí? –Me preguntó.

–Sí, la verdad es que me encantaría. –Le respondí.

–Perdone pero creo que se ha confundido usted de establecimiento. Aquí precisamos de gente con más... ¿cómo decirlo? Clase, eso. No queremos gente que lleve una cazadora de cuero de hace dos temporadas, y que combine tan mal los colores. ¿Por cierto, sabe que esas camisetas ya no se llevan? Lo, siento, de veras, pero aquí buscamos gente más sofisticada, aunque no sé si entenderá esa palabra. Pero si puedo ayudarla, he de decirle que en el bar de en frente andan buscando camarera. Y si quiere oír una buena noticia, ahí no hace falta tener estilo. –Me dijo, añadiéndole una risita al final.

Una sensación de ira se apoderó de mi cuerpo, y noté como, a su vez, el color rojo se apoderaba de mis mejillas. ¿Quién era esta mujer para decirme cómo tenía que vestir, si mi vocabulario era variado o no, ni dónde tenía que pedir trabajo?

–Yo sí que siento que estás tan amargada que tengas que decirle al primero que pase por la puerta lo que tiene que hacer. ¿Quiere oír una buena noticia? No necesito trabajar en este asqueroso local, con gente tan repugnante con tú, aunque, ahora que lo pienso, no sé si sabrá lo que significa esa palabra. Adiós. –Y me fui de la tienda con paso ligero. Salí al frío aire de la calle, ahora más frío todavía al pasar por mis mejillas, llorosas. Lo peor, es que sabía que la dependienta tenía razón. Lo que pasaba es que alguien me lo había tenido que decir a la cara para que me diese cuenta. ¿Quién iba a contratar a una pobre adolescente? ¿Quién iba a contratar a una chica que no sabía nada del mundo exterior? ¿Quién iba a contratarme si llevo con la misma ropa varios días? ¿Cómo voy a ser el espíritu alegre que debe ser un empleado o, peor aún una buena influencia para los hijos de alguien si no se ni quién soy? Cómo he podido pensar que esto iba a ser posible con la mala suerte que tengo, o mejor dicho el mal destino que me ha tocado vivir, con la mala gente que me ha tocado estar... Ni en Navidad la gente se comporta bien... Aunque yo no creo en estas cosas. ¿De qué sirve que las calles están perfectamente decoradas si el corazón de las personas sigue siendo así de negro? ¿De qué sirve que la familia se reúna una vez al año y finjan ser felices si en realidad no lo son?

Un llanto infantil me alejó de mis reflexiones, entre la muchedumbre que compraba regalos de Navidad, un niño estaba sentado en el suelo, acurrucado y llorando. La gente no se percataba de él, tan solo de quien compraba el regalo más caro y menos cercano. Me acerqué corriendo, secándome las lagrimas que seguían haciendo su camino de desahogo por mi rostro. Cuando por fin estuve a su lado, le dije, intentando consolarle: –¡Hola! ¡Soy Sara! ¿Y tú cómo te llamas?

–Dani –me dijo, con su carita mojada.

–¿Y cuántos años tienes?

–Tengo cinco, bueno cinco y medio porque pronto es mi cumple –dijo, lleno de inocencia.

–¿Y por qué lloras? –Le pregunté, preocupada.

–Porque me he perdido. Mi yaya... no la encuentro. Y nadie me ayuda.

Esto era el colmo. Lo cogí en brazos y cuando logré calmarlo, me dijo que su abuela tenía una pastelería en la plaza. Poco a poco, logré sacarle las palabras y estábamos delante de la tienda de la que él llamaba yaya. Entré, algo tímida y allí estaba la que supuse, sería su abuela, llorando desconsoladamente, rodeada de dos policías que tomaban notas. Cuando la mujer oyó el tintineo de las campanitas de la puerta que yo acababa de abrir, se giró, y me vio a mí, allí, con su nieto, al que vino a abrazar rápidamente, sin poder dejar de llorar.

Hoy, 25 de Diciembre, Navidad, aquí estoy, en una humilde pastelería de Madrid, con un delantal puesto y sirviendo unos humeantes cafés, con un niño pequeño que salta de alegría al abrir sus regalos y me llama hermana, y una mujer de unos sesenta años que me tiende un paquete envuelto a mí, con unas arrugas que salen de sus ojos, pero que van hacia arriba, haciéndole saber a todo el mundo que es feliz, igual que las que salen ahora de las comisuras de mis labios, ahora que puedo reír. Pero lo que ella no sabe, es que el mejor regalo que ha podido hacerme ha sido una vida, y sobre todo, una familia. Ella dice que esto ha sido un milagro navideño, y yo la creo, pero sobre todo, creo que esto ha sido el destino, pero no ese del que tan mal os hablaba antes, si no del que he vuelto a escribir, el destino que he elegido yo, el destino que me ha hecho saber quién

soy y quién quiero ser. Porque, a veces, para saber ser feliz, debes saber qué es ser lo contrario.